

La crisis del siglo XVII. Religión, reforma y cambio social.

Hugh Trevor-Roper

Buenos Aires, Katz Editores, 2009, 488 páginas.

Por María Cecilia Feijoo

La historia y la sociología han cruzado sus lanzas a menudo. En este caso se ha reunido una serie de densos ensayos del historiador inglés Hugh Trevor- Roper cuyo objetivo es dar cuenta de los procesos más significativos del siglo XVII en Europa. El autor pertenece a una corriente historiográfica conservadora cuya expresión política se manifestó en su rol en los servicios de inteligencia británicos durante la segunda guerra mundial. Aguerrido anticomunista y de origen aristocrático. Sus tesis presentan una amplia fuente de cuestionamientos hacia la sociología y el marxismo.

En el ensayo “Los orígenes religiosos de la ilustración” y “Tres extranjeros: los filósofos de la revolución puritana” el autor se propone rebatir las tesis formuladas por Max Weber. Para el autor el sociólogo revitaliza y otorga un fundamento social original a la antigua corriente de interpretación *whigs* del siglo XIX. Al igual que esta corriente, Weber plantea “la teoría del origen exclusivamente protestante del progreso, del pensamiento moderno, de la sociedad moderna”. En su refutación el autor nos propondrá dos hipótesis. La primera de ellas combate la idea de un progreso armónico, de un progreso ideológico unido a un progreso político. Para él el progreso ideológico, la modificación de la mentalidad medieval por una moderna está estrechamente determinada por los momentos de paz que atraviesa Europa durante los siglos XVI y XVII. Siguiendo este razonamiento, Trevor-Roper plantea que los momentos regresivos en el terreno ideológico están asociados a las guerras civiles y revoluciones. Su segunda hipótesis





plantea que, lejos de ser el calvinismo y el protestantismo las corrientes religiosas en las cuales se desarrolló el pensamiento moderno, fueron las corrientes herejes y perseguidas, como los arminianos o los discípulos de Erasmo aquellas en las cuales floreció la ilustración. De hecho, según el autor fue la derrota del protestantismo y no su triunfo la que cifró la suerte de la ilustración, y no al revés como proponen las tesis weberianas. En épocas de paz los calvinistas/protestantes y católicos profesaban ciertas actitudes de tolerancia con estas corrientes herejes, mientras que en las épocas de guerra civil o revoluciones se adoptaba una actitud dogmática y persecutoria. El autor establece así una distinción, dislocación, entre el rol político jugado por el calvinismo/protestantismo, el rol cumplido por una iglesia nacional reformada para ciertas monarquías absolutas o repúblicas como la de los Países Bajos, y su rol intelectual que para el autor sólo en épocas de distensión del conflicto bélico, religioso o de clase van de la mano.

En sus ensayos "Religión, reforma y cambio social", "Los sermones de ayuno del parlamento largo", así como "Oliverio Cromwell y sus parlamentos", el autor traza las líneas de interpretación de la revolución inglesa del siglo XVII en constante debate con las corrientes marxistas. El primer hecho que desconcierta al autor es la teoría de la inevitabilidad de la revolución "burguesa". Para él el problema que desencadena la revolución inglesa no es que los antagonismos entre las clases no podían contenerse más por el camino de la reforma debido a que la burguesía ya era lo suficientemente fuerte para hacerse del poder político y a que ninguna clase dominante, en este caso la nobleza, deja el poder sin luchar; sino que, según Trevor-Roper, la vía reformista había funcionado magistralmente en el siglo XVI bajo los Tudor cuando la Corte y burguesía se habían aliado. En ese momento la Corte se había apoyado en la burguesía en su lucha contra la nobleza y había llevado adelante ciertas reformas

modernizantes. Pero este camino había sido cerrado por los “errores” de la Corte bajo los Estuardo, hecho que llevó a los sectores de la baja nobleza, que eran “conservadores” como el propio Cronwell, a la vía revolucionaria, hasta incluso proponer y apoyar el regicidio. ¿Cómo estos hombres conservadores pudieron aceptar medidas tan radicales? Esta es la pregunta que desconcierta al historiador y que es respondida mediante el argumento circunstancial: una serie de errores de los gobernantes y cierta falta de tacto e inteligencia de la corona.

Sin el análisis de las clases, sus intereses y antagonismos propuestos por Marx, la dinámica de la revolución inglesa permanece ininteligible para el autor. La revolución aparece como un fenómeno imposible de explicar racionalmente para aquéllos que la conciben no como momentos de grandes saltos de la historia, sino como acontecimientos que “retrasan” o impiden el progreso histórico. De aquí que la figura de Cronwell tome una fisonomía paradigmática. El autor no simpatiza con el líder revolucionario: le achaca desinteligencia política para estabilizar un orden pos revolucionario, esgrime su dependencia del Ejército revolucionario y lo descalifica como republicano por su imposibilidad de consolidar un parlamento “adicto” a su gobierno. No es de extrañar el tono con el que trata las contradicciones de Oliverio Cronwell, contradicciones en las cuales todos los líderes de las revoluciones que marcan época se encuentran inmersos, como fue el caso de Robespierre, Lenin y Trotsky que han corrido la misma suerte.

